

Música

Apogeo tímbrico

por Teobaldos

EUSKADIKO ORKESTRA

Intérpretes: Xavier de Maistre, arpa, Robert Treviño, dirección. Programa: *Concierto para arpa y orquesta*, de Ginastera. *Décima sinfonía*, de Schostakovich. Programación: ciclo de la orquesta. Lugar: sala principal del Baluarte. Fecha: 7 de diciembre de 2021. Público: casi lleno (desde 10 a 35 euros).

De las tímbricas más delicadas del arpa, a las más extremas de la orquestación de Schostakovich. La

sesión de abono de la orquesta vasca nos ha devuelto a la orquesta tupida en el escenario, y al aforo (casi) completo en la sala. En un concierto que, también, ha sido de reencontro con el gran sinfonismo del compositor ruso, del que sólo se puede disfrutar de verdad, en el directo.

El concierto para arpa de Ginastera es ya un clásico del instrumento; y Xavier de Maistre, hoy por hoy, su defensor más cualificado. Maistre ya nos visitó con la misma obra en el ciclo de la orquesta de Navarra en 2016, y, ciertamente, le abrió al público otra dimensión del arpa, arrinconada, casi siempre, en los pocos compases de algunas partituras orquestales, o en los agradables *glissandi*. Maistre tiene la virtud de poseer unas manos delicadamente poderosas: sus versiones no se quedan en el sonido un tanto etéreo (que también) siempre asignado al instrumento, sino que su pellizco saca una sonoridad y una tímbrica, muy variadas: agreste, si es menester, en matices en fuerte; delicadísima si sobrevuela las cuerdas con

las yemas. El *allegro* va descubriendo todas las posibilidades –incluida percusión en la caja–. La orquesta siempre respeta al instrumento alado, incluso cuando impone rotundos ritmos. La atmósfera de misterio se impone en el moderato; y el final es de extraordinario virtuosismo, donde Maistre se luce, pero también la orquesta y la dirección de Treviño, que sabe acoplar muy bien el carácter de percusión, y el diálogo especular, entre solo y orquesta, del tema. Versión magnífica.

Como considero un privilegio y un lujo poder escuchar en directo *la Décima* de Schostakovich, me es muy difícil no estar de acuerdo con el inmenso trabajo que supone concertar esta obra. Pero es que, además, creo que la versión ha sido impresionante, coherente con un planteamiento muy del titular: grandioso, espectacular, con contrastes recogidos, y sentido trágico. Se parte de su comienzo sombrío –la cuerda grave nos va a ofrecer, toda la tarde, un ejemplo de solidez de base, con el tramo de la cuer-

da de violas, cuyo sonido, a solo, siempre se agradece–. Durante toda la versión, el tempo va a ser muy apropiado, para dejar que los solos canten –clarinete, flauta, cuerda aguda–. Hay sonidos dejados sin pulir para que se expresen mejor –flautines, descarada percusión–. Y no hay concesiones en los tramos rápidos que exigen a la cuerda unas escalas endiabladas. Cuando surgen los temas tan definidos, éstos pasan con fluidez y rotundidad de solistas a familias, y a toda la orquesta. Sonidos quejumbrosos –fagote, oboe, flauta–, melancólicos –el maravilloso corno inglés–, que dan paso a otros heroicos –trompas, sobresalientes–; y, en fin un despliegue rutilante, exuberante, fértil, de implacable e impecable resolución técnica; pero sobre todo, de expresión y transmisión de los sentimientos y pasiones del ser humano; sean cuales fueren, como se indica en las notas al programa, pero que, con la vorágine final de danza, parece exorcizar la insoportable opresión de la dictadura estalinista. ●

